

García Moriyón, F. (ed.)

Crecimiento moral y Filosofía para niños

Bilbao: Descleé de Brouwer, 1998

Una de las áreas que está mereciendo una atención especial en el mundo educativo es la que hace referencia a la educación moral. Hoy en día, todos los sistemas educativos buscan incorporar a sus currícula programas de educación moral, dándose, lógicamente, una diversidad de ofertas según los distintos modelos educativos. Por poner el ejemplo del sistema educativo español, los valores aparecen transversalmente a lo largo de todo el currículum y es responsabilidad del profesorado trabajarlos de forma explícita. En los criterios de elaboración de diseños curriculares que aparecen en el nuevo sistema, se mencionan los conocimientos, procedimientos, actitudes, normas y valores, y a todos ellos debe prestar atención el profesorado.

Esta preocupación por la educación ética está acentuada por algunos problemas específicos del mundo actual que exigen un replanteamiento del ámbito de la educación moral: situación global de inestabilidad y de cambios acelerados que demanda una actitud abierta y creativa por parte de todos; presencia de diferentes tradiciones culturales en un mismo espacio geográfico, tradiciones que parten de valores muy diferentes en algunos casos;

riesgo de marginación de una parte importante de la población, con incremento de las desigualdades; reaparición de fundamentalismos tribales que terminan provocando la exclusión, el racismo o el nacionalismo intransigente; necesidad de profundizar en una democracia solidaria y participativa, para la que hace falta que existan personas moralmente educadas.

De ahí que nos felicitemos por la edición de esta obra sobre el *Crecimiento moral y Filosofía para Niños*, resultado de la recopilación de una serie de conferencias y trabajos presentados en septiembre de 1993 con ocasión de celebrarse en la Universidad de Alcalá un seminario sobre *desarrollo moral y educación*.

Es una obra que, entre sus diversos méritos, destaca por abordar la temática de la educación moral, tanto de una manera comprensiva como específica. Lejos de ser una obra sólo para "iniciados" en el programa de Filosofía para Niños, presenta la problemática de la educación moral en un contexto más amplio, siendo así de gran interés para todos aquellos interesados en la educación moral.

Otro de los méritos de esta obra, sin duda a reconocer a Felix García Moriyón, es el de su estructura u ordenamiento. La naturaleza de este tipo de obras, recolección de comunicaciones y ponencias de diversos autores, supone que nos encontremos con un sinfín de trabajos de mayor o menor valor, pero que, en muchos casos, no tienen más conexión que el de referirse a una misma temática. No es éste el caso que nos ocupa. No se trata de una mera recopilación de trabajos, sino de la construcción "coherente" y ordenada de una obra en la que, paso a paso, vamos avanzando y profundizando en la problemática de la educación moral. El editor, pues, organiza los materiales para crear una obra consistente y armoniosa, en la que nos va presentando los fundamentos del tema (qué es ser una persona moralmente educada y qué relación se da entre desarrollo moral y educación) y nos muestra los distintos aspectos en que se diversifica el mismo (la práctica pedagógica, la relación con otros temas como son la religión, la ecología, el feminismo, la formación del profesorado). Nos encontramos, pues, con una obra completa y no con una colección de trabajos. Veamos en qué sentido y qué puede aportarnos su lectura.

En un primer bloque de trabajos, sobre las cuestiones generales de educación y desarrollo, se nos intenta definir el ámbito concreto de la problemática. Así, partiendo del pensamiento de Zubiri y de Aranguren, Adela Cortina defiende una visión del ser

humano como un ser necesariamente *moral* o *inmoral*, pero nunca *amoral*. Y define a la persona moralmente educada, como aquella que asume su responsabilidad por la realidad y la toma en serio. Además, entroncando este planteamiento con la tradición neokantiana de Habermas, Apel, Rawls, etc., considera que también es "consciente de la diversidad de contenidos morales y no es, en consecuencia, dogmática" (p.23). Sin embargo, esta aceptación de la diversidad no le lleva a caer ni en el relativismo ni en el particularismo provinciano, afirmando un comunitarismo solidario que, a través del cumplimiento de normas y de deberes universalizables, alcanza *la solidaridad universalista*.

Así, en el trabajo de Adela Cortina, "¿Qué es ser una persona moralmente educada?" Se nos sientan las bases para entender cómo debería ser la educación moral para llegar a tal persona.

El segundo trabajo, de Marie France Daniel, "La educación moral en la escuela primaria: tres modelos que hay que experimentar", nos presenta diversas alternativas de modelos de educación moral que buscan formar a la persona moralmente educada. Para poder responder a las demandas de la educación moral, la autora nos presenta diferentes modelos (racional, afectivo y global), que, distanciándose de los modelos tradicionales de adoctrinamiento, apuestan por el desarrollo de la autonomía y la responsabilidad personal. En este sentido nos dice que

"planteamientos estructurados de la educación moral como los de Wilson, la clarificación de valores, Kohlberg y la "Filosofía para niños" intentan evitar a la vez la trampa del autoritarismo de la moral tradicional y del relativismo que parece teñir todo planteamiento pluralista. Militan a favor de una intervención específica en el dominio moral, sin intentar, por otra parte, inculcar una moral particular" (pp. 40-41).

Termina este primer apartado centrando la cuestión de la educación moral en relación con la propuesta del programa de "Filosofía para niños". Michael S. Pritchard, en su trabajo "Desarrollo moral y filosofía para niños", parte de una interesante distinción de posiciones ante la posibilidad de formar niños moralmente razonables, entre el pesimista, el optimista y el "esperanzado" (*hopist*): "Un pesimista insistiría en que los niños no pueden ser razonables. Un optimista diría o bien que los niños son en realidad razonables o que llegar a serlo les resulta fácil. Un *hopist* intenta evitar verse desbordado por la evidencia empírica en ambos sentidos. En vez de eso, se aferra a la esperanza de que los niños *pueden* ser razonables y se pone a ver lo que se puede hacer para que esa posibilidad se convierta en realidad." (pp. 69-70). Su propuesta es que el programa de Filosofía para Niños en general es una respuesta "esperanzadora" ante ese "ver qué se puede hacer". Y para argumentarlo parte del análisis del programa de "En busca del sentido" y su novela *Pixie*, que sin estar específicamente dedicado

a la educación moral, favorece claramente su desarrollo y permite trabajar el concepto clave en educación moral y en la razonabilidad, el concepto de *sensatez*, entendida ésta como la combinación de la racionalidad con una consideración imparcial de las perspectivas e intereses de los demás.

El siguiente apartado lo dedica García Moriyón a las reflexiones prácticas sobre la educación moral y el programa de "Filosofía para niños", y para ello nos presenta dos trabajos que tienen como temas dos puntos esenciales dentro de dicho programa: el papel de las narraciones y el de la comunidad de investigación.

Matthew Lipman, padre del programa defiende, en su trabajo "El papel de las narraciones en la educación moral", que emplear el estilo narrativo es usar el relato como "un sustituto de la vida. Es una manera de capturar el carácter concreto y específico de la vida, su complejidad e interconexión" (p. 116). Ahora bien, cuando plantea la importancia del relato en la educación moral llama la atención sobre el hecho de que no se trata de presentar "cuentos moralistas", que no tienen por qué contener principios éticos o preceptos morales para ser éticamente provechosos para los niños, sino que tienen que ser, fundamentalmente, "modelos de investigación ética dramatizada con los que se puedan identificar" (p. 124).

María Teresa de la Garza, por su parte, plantea la importancia de la comunidad de

investigación como medio de educación moral. Parte del debate actual sobre el concepto de "comunidad" (Alisdair Mac Intyre, y sus formas locales de comunidad como soporte de la vida intelectual y moral; Richard Rorty, con la construcción de un sentido renovado de la comunidad; Jürgen Habermas, y la racionalidad comunicativa como fundamento de la comunidad democrática) para afirmar la dimensión educativa de la propuesta de Matthew Lipman, sobre todo en educación moral. Para ello compara, fundamentalmente, la posición de Jürgen Habermas con la de Lipman, "ya que ambas persiguen el rescate de la mejor herencia ilustrada, preservando el valor de la libertad, pero empapado de un fuerte sentido de comunidad basado en el diálogo y tendente a una sociedad auténticamente democrática" (pp. 125-126).

Tras sentar en los dos primeros apartados los fundamentos básicos de la relación entre la educación moral como desarrollo moral y el programa de "Filosofía para niños", la obra continua con un amplio bloque de trabajos que desarrollan temas particulares, pero no por ello menos importantes, de la educación moral. Así, nos encontramos con los trabajos de Robert Pilat, "Creencias religiosas y educación moral", de Laurance J. Splitter, "Ecología y educación moral", de Felix García Moriyón, "Derechos humanos y educación moral", de Stan Anih, "Educación moral en un mundo multicultural", y de Ann M. Sharp, "Un enfoque feminista de la educación moral".

Aparte del valor intrínseco de cada uno de ellos, el cual, por limitaciones de espacio, no podemos comentar adecuadamente, todos comparten una problemática común: al analizar cada una de las cuestiones se plantean y nos plantean un conflicto fundamental en la educación moral, el conflicto de la neutralidad y/o del compromiso del profesor en una comunidad de investigación filosófica. Nos encontramos aquí con una cuestión muy peculiar: una de las premisas básicas del programa de "Filosofía para niños" es el no adoctrinar a los alumnos, no imponer unos valores ni una visión determinada del mundo, pero, al mismo tiempo, al tratar temas como la ecología, el feminismo, la religión, los derechos humanos, el profesor no sólo pretende que se discuta sobre ellos, sino que se les valore y se les tome en consideración, e, indudablemente, él mismo apuesta por una posición determinada (como, por ejemplo, el biocentrismo en el caso de Splitter o el feminismo en el caso de Sharp), pero sin que su apuesta se convierta en la "doctrina oficial". En este sentido, Laurance Splitter afirma que "éste es un dilema propio de nuestra profesión. Un profesor que concibe su papel como el de una persona que transmite conocimiento, valores y ciertamente la aceptación de las pautas y sabiduría dominantes en la comunidad, acogerá favorablemente la tendencia hacia algún tipo de consenso medioambiental (...). Esto es, sin embargo, un problema para el profesorado que quiere promover una investigación genuina en el aula" (p. 179),

y aunque se refiere a la cuestión medioambiental creo que se puede extender a cualquier tema de la educación moral. También me gustaría recoger las palabras de Félix García Moriyón, que apuntan hacia una posible vía para resolver el problema: "en este contexto, adquiere total validez la exigencia de crear una comunidad de diálogo en la que los participantes puedan discutir en condiciones de igualdad, y no debemos ver en ella un mero requisito formal vacío de contenido. En este contexto, adquiere igualmente vigencia la propuesta de convertir los derechos humanos (o el biocentrismo, o la multiculturalidad, etc., añadiríamos), tal y como los hemos planteado en este artículo, en los mínimos puntos de acuerdo a partir de los cuales intentaremos ir construyendo una sociedad más libre y más solidaria"(p. 218).

Cierra el editor esta obra con un último apartado referido a la investigación y formación del profesorado. Comienza éste con el artículo de Esteban Pérez-Delgado, "Investigaciones sobre psicología de la educación moral", donde se da un reencuentro con una de las bestias negras del programa de "Filosofía para niños": Laurence Kohlberg. Las teorías de Kohlberg, a veces mal explicadas y malinterpretadas, suponen un continuo enfrentamiento con los planteamientos de Lipman. De ahí que el trabajo de Pérez-Delgado, al revisar y clarificar las teorías de Kohlberg, nos ofrezca la posibilidad de analizar y profundizar en los propios fundamentos psicológicos del programa de "Filosofía para niños".

Por último, Felix García Moriyón incluye dos aportaciones propias, no presentadas en el seminario de Alcalá de Henares "Desarrollo moral y educación", pero que son un buen colofón para la obra "La ética del profesorado" y "Orientación bibliográfica a la educación moral en España". Son un buen colofón y complemento, pues, las reflexiones y propuestas presentadas a lo largo de los diversos artículos; adquieren una plena significación cuando se concretan en la formación del profesorado y cuando éste, con el apoyo de una buena y completa bibliografía sobre ética y educación moral, puede seguir formándose y actualizándose. Porque, de nada sirven las más brillantes ideas y las mejores teorías, si, a la hora de llevarlas a la práctica, nos encontramos con gente poco preparada o poco dispuesta por la labor.

Concluiré, por tanto, con las propias palabras de Felix García Moriyón, para quien "todo lo que he dicho se puede resumir de forma sencilla. Educar es intrínsecamente una actividad moral y hace falta cuidar al máximo esa dimensión moral de nuestra actividad. Por otra parte, la única manera sensata de compartir con nuestros alumnos los valores básicos en los que creemos es mostrar, con nuestra práctica cotidiana, que esos valores son algo más que una hueca moralina con la que es fácil quedar bien; son algo tan importante que, en lugar de hablar de ellos, preferimos mostrarlos en nuestra actividad cotidiana" (p. 310).

Juan Carlos Lago Bornstein